



José Antonio Abella // ANTONIO

Cáncer imperador
José Antonio Abella



Valnera
gráfica
96 páginas
20 euros

UN LEGADO ETERNO

‘Cáncer imperador’, de José Antonio Abella, es un canto a la vida, a la esperanza, a cómo afrontar la lucha contra la enfermedad

JOSÉ IGNACIO GARCÍA

Tuve el privilegio de compartir con José Antonio Abella algunos momentos inolvidables durante sus últimos meses: la entrega del premio Ateneo de novela Ciudad de Valladolid, el estreno en la Seminci de ‘El maestro que prometió el mar’, en cuyo guion había colaborado después de escribir su primera novela ‘Aquél mar que nunca vimos’, su último acto público el siete de mayo de este 2024, cuando conversamos en la antelada de la Feria del Libro de Medina del Campo sobre su trayectoria literaria, su idealismo de vida, la dignidad humana, el valor del compromiso ideológico o la envergadura de la palabra, la empleada para no faltar nunca a unos principios y la literatura, que lo mantuvieron mucho más tiempo del que los médicos auguraban. Cuantos

nos despedimos esa tarde, antes de montar en el coche que conducía María Jesús, su mujer, y que lo devolvía a Segovia, me dijó, con su voz cada vez más apagada pero todavía convencida: «no te preocupes, me queda una novela por terminar y el libreto de una ópera basada en ‘La sonrisa robada’ y no puedo morirme hasta que termine de escribirlas».

Esa tarde medinense, junto a sus libros anteriores, apareció en rigurosa primicia su última novela publicada hasta la fecha, ‘Cáncer imperador’, un canto a la vida, a la esperanza, a cómo afrontar la lucha contra el cáncer sin tapujos ni eufemismos. Una novela muy breve, pero muy profunda, en la que José Antonio se ayuda de la Inteligencia Artificial para crear 57 ilustraciones que amueblan la trama y la revisten de un toque de color.

Afronta Abella la novela como encaró su incurable en-

fermedad, con serenidad, dominando la situación y los tiempos, sin cargar las tintas ni dramatizar en exceso. Tal vez porque el cáncer ya es en sí mismo lo suficientemente alarmante como para que los demás echemos más leña a la hoguera. Y para lograr ese efecto, vuelve a hacer alarde del uso de la palabra, que él siempre esculpió como pocos fueron capaces de hacerlo.

Se saca de la chistera el mago burgalés, aunque afincado a orillas del Eresma y a los pies del alcázar segoviano, una metáfora colectiva en la que convierte al cáncer en una guerra civil intestina, ya que desde el primer momento dejó claro que tumores y metástasis parten del propio interior del ser humano, sin agentes externos que los transmitan. A partir de ahí, los diferentes órganos se convierten en provincias de un imperio con sus propias fuerzas de seguridad, que se encargan

de hacer frente a la insurrección mutante surgida en las cloacas de ese territorio oscuro.

Narra el autor las batallas entre las tropas oficiales y los revolucionarios y les atribuye unas características de formalidad a unos y de vandalismo cruel y terrorista a los otros, y adecta un lenguaje educado, y en ocasiones poético, cuando es el cándido emperador el que habla y emplea una parla morlaza y barroquera cuando toma la palabra Tumere Intus, el cabecilla de esa horda de asesinos implacables.

Pero tras el aire de apacible templanza que envuelve la narración, de alabar el ‘bienestar’ por encima del bienestar, Abella nos deja cargas de profundidad de mucha envergadura, y así arremete contra el alcohol y el tabaco, que tantos impuestos generan para provocar luego enfermedades terribles, o aboga por un ecosistema libre

de plásticos en nuestros mares y de humos contaminantes en nuestra atmósfera, antes de llegar a un final donde enaltece la amistad, estampada en una ilustración a página completa en la que aparece rodeado de personas a las que quiso con generosidad y que correspondieron a su cariño inagotable.

El desenlace como anuncia al principio, es un canto a la vida en su máxima expresión, un mensaje de ánimo a aquellos que sufren en sus carnes y en sus huesos la lacra del cáncer para que no desfallezcan y sigan luchando, un testimonio literario en el que reconoce que la enfermedad nunca triunfará, porque en caso de vencer, morirá con su víctima. Y así lo dejó escrito con las palabras que cierran la novela: ‘Tú solo eres un error de la Naturaleza, nunca lo olvides. No eres nada sin mí. Me necesitas para todo, yo no te necesito para nada. Te repito que yo lucho por la vida y tú luchas por la muerte: esa es la gran diferencia entre nosotros. Por eso voy a deshacerte de ti. Nunca serás el emperador de mi imperio. Ya lo tiene. Y soy yo’.

Así se nos ha ido uno de los más grandes novelistas contemporáneos. Pero sólo en su versión corporal. Nos dejó el legado eterno de su obra, sus novelas imperecederas: ‘La llanura celeste’ y ‘La sonrisa robada’, que en breve serán reeditadas por Páramo y Menoscuarto, las novelas monumentales que puso Valnera. ‘El hombre pez’, ‘Trampas de niebla’, ‘Aquel mar que nunca vimos’ o ‘Agus diábol’, ‘El coronazón del ciclope’, merecedora del Ateneo de Valladolid.

AFRONTA ABELLA LA NOVELA COMO ENCARÓ SU INCURABLE ENFERMEDAD, CON SERENIDAD

dolid, y quedan por alumbrar tres novelas inéditas que le dio tiempo a escribir durante los dos últimos años, cuando armado de palabras se enfrentó valerosamente a la enfermedad que inexorablemente lo carcomía por dentro.

Podría haber convertido esta reseña, que no será la última que su obra merecerá, en un panegírico encomiástico (y acaso excesivo), pero no hubiera sido justo ni José Antonio Abella, que tantas veces ponderó mi olvido crítico, me lo hubiera permitido.

Aun así, querido amigo, gracias por regalarnos tanto vida y tantas palabras. ■